

Cast.
Memorias
Tomo 2 (1)

1

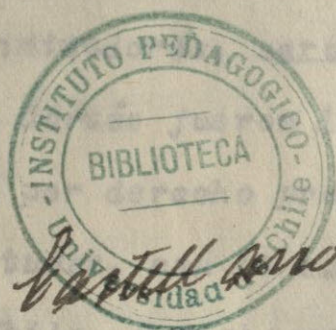
ENSAYO SOBRE RODO.

Memoria presentada por

Teresa Courbis de B.

de la asignatura de Castellano.

Santiago, Marzo de 1924.



b-2

708

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

ENSAYO SOBRE RODO.

I

Evidentemente, nuestra literatura continental iberoamericana durante toda la pasada centuria, fué sólo un reflejo, o una continuación de la literatura hispánica, y subyugada por la incontrastable hegemonía del espíritu francés, desde el quebrar de los primeros albores del movimiento separatista del año 1810, no tiene, antes de ahora, ni por la expresión formal, ni por la ideología, ninguna de aquellas características de una naciente literatura original. Ni los gentiles arrestos de Montalvo, ni los alardes revolucionarios de Sarmiento, fueron lo bastante para dar principio a la era nueva a que muchos espíritus superiores aspiraban; pero a cuyo advenimiento glorioso no les fué dado asistir: cerraron mucho antes sus pupilas sin presentir siquiera que la hora sonaría a muy poca distancia de sus vidas.

Así como se imitaban de París las modas en el vestir, en todos estos países hispanoparlantes fuimos unas veces románticos, a lo Espronceda, o lamartinianos o becquerianos; otras seguimos a Fíguro, y hasta en las postrimerías del siglo, Hugo, Núñez de Arce o Campoamor tuvieron una caterva innúmera de imitadores, servum pecus. Hasta en la oratoria sagrada Balmes y Donoso Cortés fueron los maestros; y en la parlamentaria, Castelar se levantó por derecho propio como señor y monarca absoluto en todas estas latitudes, con la sola excepción de Enrique Maquiver en el Parlamento de Chile, y dicho sea esto en acatamiento de los fueros de la verdad.

Y es en la poesía, primeramente, en donde se manifiestan los primeros atisbos de la era nueva, en la literatura americana finisecular, con el cubano Julián del Casal, o el mejicano Gutiérrez Nájera, a quienes no sería desacertado calificar como los precursores de Rubén Darío, lo mismo que a nuestro tan olvidado Pablo Garriga que sin saberlo persiguió antes que todo la música, adelantándose a Verlaine cuando con tan maravillosa intuición decía del Alba:

¿ Ves cuál lucen a lo lejos en la cima de los montes,
 esas nubes que ^{se} desonan y abrigantan el azul,
 cuál semejan cuando flotan en los claros horizontes
 hebras blondas de una virgen, ténues velos de albo tul? "

Orquestales versos de dieciséis sílabas, verdaderamente i-
 nauditos por su musicalidad en esta valerosa tierra de Chile, tan mo-
 tejada, con injusticia notoria, de paupérrima en sacerdotes magnos de la
 Pierides.

II

El uruguayo José Enrique Rodó aparece como estrella de
 primera magnitud en las postrimerías del siglo XIX, y su primer libro
 de carácter continental fué un juicio crítico sobre Rubén Darío, quan-
 do este poeta se alzaba por derecho propio como Emperador absoluto de
 la lírica castellana, por lo menos en nuestra América. Tal juicio es
 notable, no solamente por su serenidad, o por su buen criterio y una eru-
 dición bien acendrada, sino más particularmente por su bella prosa, por
 su donoso estilo.

En aquél tiempo en que el gran lírico nicaragüense era loa-
 do por muy pocos selectos espíritus y acerbamente exdecrado por la in-
 nambrable mayoría, cuando el demonio decadente, así lo llamaban los e-
 nenigos de sus innovaciones métricas, era considerado ~~de~~ indigno de
 pan i del agua, Rodó llegó muy oportunamente a mostrar con plena eviden-
 cia su alto valor lírico y la gran superioridad de su estro poético.

"Rubén Darío. Su personalidad Literaria, su última Obra".
 Tal es el título del opúsculo a que me refiero, editado en Montevideo
 en 1899, por Dornaleche y Reyes, ejemplar rarísimo en Chile, y dedica-
 do de puño y letra del autor a uno de nuestros poetas que en ese año
 de su juventud, era tan exdecrado por sus insurrecciones líricas en
 Santiago como el propio Darío.

Prosas Profanas es el libro que da tema a Rodó para ~~ca~~

comenzar, acaso sin quererlo mucho, a mostrar la renovación de su estilo, que había de adquirir, y en no muy largo tiempo, la suma perfección, una armonía desconocida antes, una alada ligereza y una asombrosa diversidad de matices.

Y por encima de su prosa ya bien depurada, fácil y amena, llama la atención la agudeza de su aserto crítico, la justeza y la verdad de lo que afirma cuando dice, como en un encadenamiento de axiomas, que le parece muy justo deplorar que las condiciones de una época de formación, que no tiene lo poético de las edades primitivas ni lo poético de las edades refinadas, posterguen indefinidamente en América la posibilidad de un arte en verdad libre y autónomo.

Pero esto que estuvo bien dicho en aquellos tiempos, después de un cuarto de siglo transcurrido desde entonces pierde, o comienza a perder, su carácter de exactitud; porque hay señales y muestras inequívocas de un tal arte americano, mejor dicho, mundonovista, valiéndome de este reciente neologismo que como medalla nueva es reluciente y no ha sido, ni quiera Dios que lo sea, sobajado por el vulgo de pretensos escritores que hacen perder toda frescura y virtud a los más hermosos vocablos.

Más grave me parece afirmar, así dogmáticamente, que en estas latitudes puede vivirse, artísticamente, intelectualmente, de prestado, como dice el uruguayo. Y añade: "Confesémoslo: nuestra América actual es, para el Arte, un suelo bien poco generoso. Para obtener poesía, de las formas, cada vez más vagas e inexpressivas de su sociabilidad, es ineficaz el reflejo; sería necesaria la refracción en un cerebro de iluminado, la refracción en el cerebro de Walt Whitmann." Pero a región seguida ve la exageración y atenúa su pesimismo en esta forma: - "Quedan, es cierto, nuestra Naturalidad soberbia, y las originalidades que se refugian, progresivamente estrechadas, en la vida de los campos." Y en seguida, cuando debió haber visto bien el amplio horizonte, da resueltamente en la más desconsoladora negación: "Fuera de estos dos motivos de inspiración, dice, los poetas que quieran expresar, en forma universal-

mente inteligible para las almas superiores, modos de pensar y sentir enteramente cultos y humanos, deben renunciar a un verdadero sello de americanismo original."

Tengo ~~el~~ convencimiento, bien acendrado, de que Rodó, si viviera hoy, tendría que modificar acaso sustancialmente tan rotundas aserciones. En el tiempo en que él peregrinó por la tierra, tanto en el Uruguay, como en la Argentina, en Chile, o en cualquier otro país de América, no hubo un ambiente propicio para el cultivo del Arte, menos para que prosperara. La gran costra de incultura hacía doloroso y vano todo esfuerzo; la bastarda de los espíritus, el mercantilismo desenfrenado y una democracia ensoberbecida e insolente junto a un parlamentarismo ignorante e inescrupuloso, fueron grande parte para que las inspiraciones vigorosas sufrieran mengua: incomprendidas o mal apreciadas tuvieron que estrellarse contra la brutalidad del medio. En una época de organización política, de afirmación de tantas pequeñas nacionalidades, la empresa política es la que tiene que llamar la atención de todos los espíritus; porque en la política se ve el logro de toda elevación, de toda superioridad: por ella, entonces, se va derecho a la preeminencia, a los honores, a la riqueza que proporciona la fácil satisfacción de los apetitos y de las pasiones desordenadas. ¿Qué mucho entonces que no haya lugar para el Arte? El poeta, entonces, el filósofo que no se mezcla con la turbamulta y que se aparta del rebaño pastoreado por los más audaces, aunque esté mudo, es un vivo reproche para el cerdo burgués y para el filisteo político. Rodó vivió en pleno triunfo de esas dos cosas despreciables.

Y fué por esto, evidentemente, por lo que Rodó tuvo que expatriarse, precisamente después de la publicación de sus dos grandes obras maestras, Motivos de Proteo y El Mirador de Próspero, en las que alcanza la perfección y la elegancia de su estilo, cuando queda, Rodó, constituido en maestro del nuevo decir castellano, para todas las generaciones americanas. Concedor él mismo de su gran superioridad mental, el más grande de los aristócratas del talento de su época y de su país, no disfrutando ni de los honores ni de las preeminencias a que tenía pleno derecho, y asqueado de la

política uruguaya, debió ver muy claro que estas democracias de beocios no merecen el dón del hombre ilustre por sus virtudes preciosas. Y fuése al país del Arte, a la cuna de la civilización latina, acaso exclamando como aquel Escipión..... non possidebus ossa mea.

El creyó como todos aquellos poseedores de un superior espíritu, que le tocaba desempeñar un papel en la conducción de las muchedumbres indoctas, cuando hay esperanzas y se sueña con el bienestar colectivo, y hay energías y talento que poner en la brega por un noble ideal; en esa época de la bien asentada juventud en que hay sueños de redención y amando a la patria chica se extiende el amor al continente para remontarse a la patria de la humanidad. Tomó su parte en la brega política, adentró a los liberales y a los jacobinos, tuvo investidura parlamentaria, aunque por breve tiempo; fue periodista militante y tuvo así múltiples ocasiones para conocer toda la vanidad y toda la lamentable vacuidad de los traficantes de la política; más con noble actitud despectiva ante ellos, enmudeció.

Pero como profesor de literatura en la Universidad de Montevideo su influencia fué decisiva, y sin pretenderlo, ni soñarlo siquiera, adentró a todo un continente. En este sentido llega a ser el primer profesor de América, el que predica la unión y la compenetración intelectual de toda la juventud hispanoparlante, esa misma que predicaba el granadino Ganiwet, con respecto a España y a América, la unión de corazón a corazón. Conoce como ningún otro en su época, la fuerza gigantesca que puede desplegar en el futuro esa propia juventud, educada y nutrida en los nobles ideales helénicos, en el amor a las virtudes, a la belleza y a la gracia. Cuando habla desde tan alta cátedra tiene la palabra viva, sonora, llena de una serenidad apostólica. Y esta serenidad una vez alcanzada ya no le abandonó jamás, ni en la hora de su muerte.

Esta actitud del uruguayo como adentrador de la juventud continental, no ha tenido aún quien la señale claramente. Ni menos ha encontrado su palabra de oro comentadores ni propagandistas.

En este punto de la unión de los pueblos americanos conviene recordar, en ley de justicia y de verdad, que hubo un chile-

no, tan grande como infortunado, uno de los padres de la Patria, que pensó que los profesores eran los llamados a ejercer tal misión apostólica y a realizar, a hacer efectiva esta confraternidad de naciones de un mismo origen: este fué don José Miguel Carrera, fundador del Instituto Nacional. Él pensó que en tal establecimiento pudieran educarse, a expensas del Estado Chileno, jóvenes de todos los otros países americanos, que serían con el tiempo, de regreso a sus tierras, los más fervientes cooperadores de una tan provechosa labor internacionalista. La amistad cordial que uniera a los jóvenes en este Instituto, que tendría que engendrarse y desarrollarse mientras convivieran bajo el mismo techo, y comiendo a los mismos manteles, oyendo diariamente la palabra de amor y de verdad de unos mismos profesores, tendría que perdurar cariñosamente y tendría que dar los resultados apetecidos. ¡Lástima grande que después los Gobiernos de Chile hayan olvidado el nobilísimo propósito, el nobilísimo ideal! Ciertamente que tal idea era superior a la de los Congresos Interamericanos que patrocinaba Bolívar. Hay fundamentos sobrados para decir esto cuando hemos visto el escasísimo fruto que ha obtenido América de tales Congresos, máxime cuando se ha visto encenderse en las más florecientes repúblicas de Atlántico la fiebre de la Paz Armada, en los mismos días que se reunía en Santiago la V Conferencia Panamericana.

Y es Ariel el libro en que Rodó muestra como en haces de oro esta serenidad del profesor; porque, realmente, a la manera de áureas gavillas cogidas en el amanecer resplandeciente, son las admoniciones contenidas en este valioso opúsculo que debiera ir, día a día, en las manos de los jóvenes, bajo su ardiente mirada; que debiera ser como el evangelio de la nueva era comentado por los profesores en la opacibilidad del aula, en el encanto y en la alegría de las excursiones campesinas, en la amenidad de paseos y jardines, cuando la vista maravillada de los alumnos se abre y se extiende, por la vez primera, en las purezas de los horizontes dilatados e infinitos del espíritu.

Por este precioso joyero de diamantes de los más subi

dos quilates, tuvo la dicha José Enrique Rodó de oír, con sus oídos mortales, los aplausos y parabienes de aquel peregrino ingenio español que no sólo fué el más connotado catedrático universitario de la Península, sino el más grande de los reformadores y el único filósofo de España en la segunda mitad del siglo XIX, es decir, Leopoldo Alas, Clarín. "Admira ver la profundidad y la serena unción -dice- con que Rodó sabe llegar a la armonía, siempre inspirado por la justicia, siempre sincero, valiente y decidido en la defensa de sus propias ideas, pero leal con las opuestas, sin desvirtuarlas; flexible, tolerante, comprendiéndolo todo, pero predicando lo suyo". Y cuando llega a referirse al helenismo del escritor uruguayo, aplaude sin reprimir el entusiasmo desbordado, exclamando: "Donde el joven profesor americano no muestra asombrosa originalidad, es al explicar con elocuencia y profundo pensamiento el íntimo sentido del ocio clásico, de la vida que se saborea, no a lo edonista, sino con la reflexión, el sentimiento; no apresurándose en loca actividad, siempre en busca de medios sin último fin, sino poética, noblemente, como los dioses, en oportuno y sereno reposo. Titiro, Virgilio, decía:

Oh, Meliboeae, deus nobis haec otia fecit; pero estos ocios que el poeta latino, de alma griega, tenía por digno de un dios, el utilitarismo del día los desdeña, porque no penetra su valor profundo; porque no ve que el destino del hombre es, tanto como vivir, contemplar, sentir la vida.!!..

Admirable comentario que no me atrevo a desflorar ni siquiera con la expresión de mi admiración.

Sentir la vida en la plenitud de la conciencia de existir, he aquí lo que no nos preocupa.

Evidentemente, la vida será placentera para quien sepa llevarla por los floridos senderos de su reino interior, en un tranquilo vagar y discurrir de otero en otero y de monte en alcor, al modo de los pastores de la égloga; para quien sepa librarla de tantos torcedores, alejándola de los caminos de cardos borriqueros y de lastras filosas que tunden y sangran los pies. Por ahí, por ahí debemos ir, por donde no asaltan a dentelladas los lobeznos del deseo, la trahilla

suelta y desajorada de los siete príncipes rojos, que son los siete pecados capitales, al decir del nicaragüense; sino que hay que ir más por la escondida senda, como recatándonos de la mirada de los demás, un sí es no es temerosos de que alguno viniere a la siga para quitarnos o perturbarnos nuestro deleite espiritual.

Sentir la vida en la plenitud del goce de existir, en el ocio helénico, no sólo sin hacer nada, sino sin desear nada y sólo atento al ritmo interior de acuerdo con la palpitación unánime de todas las cosas de la naturaleza que nos rodean y nos acompañan, ciertamente que es un placer, un don de los dioses. Mi alma humilde i pequeñita lo ha tenido, ha poseído muchas veces el presente olímpico; pero más anchamente yá todo su talante lo ha disfrutado en una temporada de vacaciones en un puerto del Sur lejano, frente al mar inmenso, tranquilo, sencillo en la orla del cielo y de la tierra, en toda su grandeza especular.

Iba yo por las mañanas y al pie de un montículo en donde se alzó un castillo del tiempo de los españoles, tenía la visión deleitable. Pasaba yo horas en muda contemplación, en dulce arrobamiento, sola mi alma, sin más compañía que la de mis pensamientos vagos, mariposeantes en el aire azul. En este aire azul, en el cielo turquí, largas bandas delgadas, blancas y ténues, se prolongaban y se desheñaban en un esfumino de perlas en la línea del horizonte. El mar era verde intenso, oscuro y de una diafanidad admirable; hacía recordar a aquellas esmeraldas de color maravilloso, de oriente magnífico, que hacían de espejo para que se contemplaran y se recrearan en su propia belleza las princesas de Sabá o las sultanas de Harun-Al-Raschid. El mar, solo, en esa hora, tranquilo, dormido, sin una arruga, ni una raya en su superficie esmeraldina, me parecía, sin embargo, palpitante en su languidez infinita y me encantaba cuando le miraba, cerca de mí, que lamía, que besaba con una suavidad de infinito el acantilado, con una ondulación de seda silenciosa la playa en que brillaban al sol chispas diamantinas.

Y este sol que no ofendía la vista al mirarlo de frente, tan suave era el almo sol, brillaba también lleno de gra-

cia y dulzura como un ser vivo que bien sabe, riéndose, la gracia con que se da, el celeste obsequio de su caricia. Así caían sus luces doradas con el encanto de una gigantesca cabellera desmadejada, rubia y rizada, cubriéndolo todo, acariciándolo, besándolo amorosamente, la arenisca, el corpúsculo, la brizna de yerba que se esponjaba levantándose como para entregarse con una intensa voluptuosidad, como si la alentara un oculto pensamiento, día posesión del suave beso del labio de oro vivo y tibio. En esta maravilla de la luz se anegaban los efluvios, los alientos de los céfiros fatigados con la pesadumbre vaporosa de los perfumes florales y salinos. Danzaban las mariposas y volaban, no por propio impulso parecía, sino como pétalos multimatizados que se columpiaran en una ráfaga sutil.

También yo me hacía liviana y una languidez de ensueño con la conciencia alerta a todo fugitivo encanto, hacía multiplicarse mis sentidos para recibir sensaciones, agudizada la percepción para lo maravilloso de la hora. Sin mirar nada lo veía todo, y sentía y pensaba en la levedad de mi alma que parecía salirse de mí para reentrarse, en seguida, cargada con el conocimiento de todas las cosas, para saborearlas con la delectación con que se gusta un rico vino añejo que hubiera refinado y acendrado su delicia, trescientos años, en algún cuévano de Ganimedes. Al oír el rissch prolongado de un picaflor de la más graciosa cabeceita metálica, me pareció oír en concreción melódica, la voz del encanto y entendí la voz tal si en la India antiquísima me hubiera amestrado un brahamán milenario en la ciencia universal de la lengua de los pájaros.

Ninguna otra cosa ajena a esta pura delectación de sentirse un ser penseroso en vibrante correspondencia con el mundo que me rodeaba y me hacía partícipe de su belleza, ningún otro pensamiento profano, enturbiaba la cristalina diafanidad de mi espíritu más liviano que una plumilla en el viento. Cúñ lejos estaba yo, entonces, de todas las vanidades de la gloria, de la ambición, del poder, de la riqueza, y de los fines utilitarios de la vida de los hombres de mitiempo. En verdad, en verdad que yo practicaba el ocio helénico y recibía este don de los dioses, para salir después fortificada para el ordinario y cotidiano ajetreo de las cosas pequeñas porque nos afanamos hombres y muje-

res. Conozco, pues, esta vida interior que ennoblece Rodó en su Ariel y por eso puedo hablar de ella en mi humilde vivir con la sencilla unción que ahora se ha visto.

El alma de Ariel es la propia alma de Rodó, de una extraordinaria serenidad y de una superioridad admirable para mirar desde su altura y dictaminar sobre lo que preocupa más a los hombres de su tiempo, todo lo que entre ellos es motivo de encendidas controversias, de agria polémica o de agramantino entrevero. Ni por un momento la púrpura de la pasión tinte la ebúrnea palidez del filósofo, que está al mismo tiempo muy distante del asceta cuyo corazón siempre parece estar cogolmado de desdén o de amarga tristeza. Y esta fortaleza de su serenidad no se quebranta, como muy luego veremos, ni aún cuando contesta y replica a los exaltados por el sectarismo religioso o político; es entonces la salamandra, espíritu elemental del juego, que discurre del Liberalismo y del Jacobinismo tan pulcramente magistral. Por todo esto creo, y me parece que creo bien, que esta virtud de Ariel no proviene sino de la cantidad que hay en él de profesor; que si ama el bien, la verdad, la belleza, que si tiene fe y esperanza en la realización de todo ideal altísimo, aunque fuese vanamente perseguido, es porque es profesor; porque teniendo la misión de conducir y de enseñar niños, se ha hecho duradera su alma de niño, ha logrado conservar immaculada su prístina bondad, como barca liviana que, por un ángel piloto conducida, va sin hundirse por el mar proceloso y salta por sobre las sirtes a flor de agua, a flor de espuma, sin rasmillarse al paso de los arrecifes. De veras, Rodó, fué antes que todo un profesor filósofo, que junto con ser un estilista, tuvo por misión abreviar en las aguas vivas de la belleza y de la confraternidad a toda la juventud de América, que la quería fervorosa de la verdad y de la justicia, pujante en su idealismo, tolerante, con el espíritu abierto a los treinta y dos vientos de la Rosa Náutica.

Profesores como Rodó son los que necesitamos, de tan recia compleción moral, que por encima de todos los desengaños, de todas las pretericiones, de la incomprensión de los políticos con mas-

carilla de parlamentarios, se ciernan como el albatrós y los alciones, en la altura azul, muy altos, muy elevados, con las alas desplegadas, gentilmente, con una elegancia suprema, aún cuando estén a punto de precipitarse en el abismo final por fuerza del hambre y del sacrificio. Si, de estos profesores necesitamos, que sean también como aquellos misioneros que por amor a su fe, no temen ir a enseñar, a esparcir la buena simiente, en los países salvajes, entre los más bestiales antropófagos.

Ariel Rodó, enseña a sus alumnos a amar la gracia, la belleza, la armonía, todos los sentimientos estéticos, el Arte en una palabra. La cultura artística tiene para él una importancia capital, por que cree que "entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra - según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller - la virtualidad de una cultura más extensa y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma." Y según mi pobre experiencia, la educación en la belleza y en la gracia contribuye de una manera decisiva a desarrollar y fortificar los más bellos sentimientos morales en las almas de las niñas. Enseñando a amar la gracia inocente de una flor, de una olorosa rosa, aún humedecida del don matinal, he logrado, no sólo hacer una clase más interesante que un cuento de hadas, sino que he logrado poner el arrepentimiento por una faltilla involuntaria, en el corazón tierno de una alumna de catorce años, y obtener, sin yo exigirla, la promesa de no incurrir nuevamente en ella. Y aquella niña cumplió su palabra. ¡Cuántos casos más edificantes se podrían referir!

Cuánta razón encuentro también en Ariel cuando dice: "Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia." Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y de la verdad. La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias. La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber como la más seria realidad, debe tender a hacerla concebida al mismo tiempo como la más alta poesía.

La virtud sonríe maternalmente a las Gracias. Siempre ha causado aversión dolorosa el oír predicar en forma destemplada el deber moral, como si sólo pudiera conseguirse la perfección por el temor, por las amenazas de los grandes castigos en lugares expiatorios de horror y espanto. Tengo bien entendido por mi corta experiencia de educadora que la dulzura en la admonición, que la amenidad en el estilo, la palabra suave y afectuosa, una caricia al pasar, una sonrisa en un rostro iluminado por la celeste lámpara interior de la ternura, producen los más sorprendentes y benéficos resultados; más duraderos que acompañando el consejo con la voz cavernosa, la mirada fosca y el ademán trágico. No, yo procuraré que mi enseñanza sea más y más graciosa cada día de la semana; trataré de despojarla de toda severidad, de toda pompa y aparato. Y si pudiera enseñaría todo en dulces parábolas a las niñas, con la humilde poesía de las cosas pequeñas: de la plumilla en el nido, del renuevo temprano en la rama del arbusto, de la gotita de agua o del granito perdido en el árido pedregal, y a la hora del sol naciente, o del crepúsculo vespertino, teniendo por marco de mi prédica el cielo abierto y la tierra sustentadora, de pie en medio de mis oyentes que estarían de acuerdo, al oír mi palabra, con la armonía de su corazón y del mío.

Todo profesor debe ser un artista en el que se adunen por iguales partes belleza y bondad; debe exigirse en él entendimiento de hermosura, como pide Rodó en el alma del redentor, del misionero, del filántropo. El que no sea capaz de tal entendimiento de hermosura, de comprender y de enseñar la belleza, hágase cualquier cosa, pero no se dedique a la enseñanza; que con él todo aprovechamiento será nulo o contraproducente. Más le valdría sembrar patatas que no semillas de bondad.

No es menos notable Ariel cuando explica el concepto de la democracia, régimen no claramente comprendido todavía en estos mismos países que nacieron a la vida libre instaurando la república democrática; concepto tantas veces falseado por los demagogos de la calle pública y por los del Parlamento. "Al instituir -dice Rodó- la universalidad y la igualdad de derechos, nuestra democracia sancionaría el predominio innoble del número, si no cuidase de mantener muy en alto la noción de la legítimas superioridades humanas y de hacer de la

autoridad vinculada al voto popular, no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino según las palabras de un publicista francés: "la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad." Por esta falsa comprensión de la democracia, o por incultura política, mejor dicho, se desconocen hasta las prerrogativas y preeminencias legítimas inherentes al hombre superior; los ineptos, los incapaces, unidos a tanto raté como ambula por ahí, no sólo fingen despreciar toda superioridad mental, sino que se levantan airados contra el hombre de talento, que está por encima del nivel de la mediocridad o de la nulidad de su rebaño, y se declaran sus detractores, sus perseguidores, y si pudieran erigirse en jueces, los condenarían a muerte, irremisiblemente, por el imperdonable delito de tener en sus cerebros, conjuntamente, la fuente maravillosa, el pájaro que habla y el árbol que canta.

Ciertamente que hay que entender por democracia igualdad en las posibilidades para alcanzar las superioridades, con exclusión de clases privilegiadas; pero nunca una igual realidad de influencia y de prestigio entre los miembros de una sociedad organizada.

En la manera de discurrir, tan apacible y cristalina, del escritor uruguayo, sobre tópicos que continuarán siendo por mucho tiempo de ardiente actualidad en nuestra América, es en donde más admirable se presenta la serenidad de este nuevo maestro. En un tiempo en que de la controversia y la polémica se saltaba a los sangrientos entreteneros de la guerra civil, cuando aún parecían prolongarse en los tejados de los horizontes los ecos de las últimas clarinadas bélicas, cuando el caudillaje triunfante pasa su pasero igualitario sobre las más altas superioridades espirituales, porque fueron enemigas, o tal vez indiferentes, él, Rodó, sin apartarse un tono del diapason acostumbrado habla como un filósofo en los jardines de Academo, desde una mayor altura aun, y sin tener, esto es lo admirable, ni una queja para la incomprensión en medio de la cual él mismo es una isla o un promontorio de blanco e inmovible Paros.

Mas antes de terminar mis suscintas observaciones sobre Ariel, no debo dejar tácitas las que a él le merecen la democracia de Yanquiandía. Por lo mismo que no escatimo los elogios a las virtudes de estos hombres del Norte, nos enseña a precavernos de sus errores.

Junto a la admiración por la magnitud de su esfuerzo, por su portentosa capacidad de trabajo, por su paciencia tesonera en el esfuerzo y en la voluntad de querer, nos muestra que están muy lejos de haber alcanzado la perfección en una vida constantemente atormentada en la conquista del dólar, a cuyo logro posponen aún todo idealismo y sus almas así llegan a ser estériles para todas las grandes dilecciones de la belleza.

Ese gran pueblo de Estados Unidos de N. A. vive para la realidad inmediata del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. Amontona riquezas, pero carece de buen gusto; ignora el significado del arte en lo que tiene de desinteresado y escogido; a despecho de la espléndidez de sus museos y exposiciones, de las montañas de mármol ^{i de bronce} que ha esculpido para las estatuas de sus plazas públicas.

Mas, lo que conviene meditar es este juicio de Rodó, que tiene la altura y la autoridad de un evangelio:- " La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco lo apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por si misma. La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria. Sus gloriosos empeños por difundir la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación, se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad. Así el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura. En igual proporción que la ignorancia radical disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia la superior sabiduría y el genio. He aquí porque la historia de su actividad pensadora es una progresión decreciente de brillo y de originalidad."

He dicho que esto es conveniente meditarlo, sobre

todo por los llamados nuestros educadores que, pasada su germano-
filia, han dado en un curioso fervor por la educación yanqui, de
la escuela a la universidad, a tal punto que quisieran transplantar-
la a Chile, con un tal afán de calco y de imitación que llegan a olvi-
darse de todas las modalidades i características que diferencian
a las dos razas. Yo no sé por qué parecemos estar condenados a
ese denigrante papel que no ha mucho nos señalaba Pío Baroja,
cuando decía que éramos unos monos los hispanoamericanos, que imi-
tábamos todo lo de Europa. Provechoso y útil será asimilar aquellas
virtudes de que carecemos, pero no sin antes pasarlas por el tamiz
de nuestra idiosincracia racial. Y más nos conviene mil veces culti-
var nuestro espíritu nacionalista, podando sus defectos, que desñ-
tendernos de él por un servil afán de imitación. Afirminos en nues-
tra educación, en todas sus gerarquías, lo que nos distingue de to-
dos los demás pueblos, lo que constituye nuestra virtualidad de chile-
nos, primeramente, y sobre este fundamento sólido y macizo, pongamos,
si se quiere, el injerto extranjero, lozano y vigoroso, pero también
podado i purificado, siempre que de ello estemos seguros que hemos
de obtener honra i provecho. Por esto será pernicioso que tratemos de
seguir en nuestros métodos de enseñanza, como algunos lo proclaman sin
empacho, la tendencia utilitaria de la educación de los Estados Uni-
dos. ¡Que afán de cegar las surgentes tradicionales de nuestro espíri-
tu, de idealismo y de belleza! Eduquemos en la energía y en el esfuer-
zo de la voluntad todopoderosa, pero no descuidemos el amor a lo bello,
al sacrificio por adhesión al ideal más noblemente concebido. El fin
de una vida humana no debe cifrarse en el rápido enriquecimiento, en
la conquista del oro, sino en la mayor altura del bien, de la justicia
y de la verdad; así como el fin de la vida de un pueblo será siempre
la realización de un ideal humano de grandeza moral, en el cultivo
gracioso y armonioso de las virtudes públicas y privadas.

///

Se ha dicho muchísimas veces que Dios entregó el mundo a las discusiones de los hombres. Esta parte del mundo que habitamos no podía quedar exenta del cumplimiento de la ley: nuestra América, durante todo el siglo pasado, y en los primeros lustros del actual, ha discutido política i religiosamente sin cansarse jamás, sin dar paz a las plumas, y con un encarnizamiento tal que ni en los campos de batalla y a filo de espada, ni aún vertida a torrentes la sangre, han quedado sanjadas las cuestiones. Tinta y sangre se han mezclado en el furor ardiente por las manos del sectarismo rojo y por las del ultramontano. La templanza en las polémicas doctrinarias, así como la tolerancia para con las opiniones adversas, no se han conocido; raramente se han puesto en práctica en estos nuevos tiempos. Es que la templanza de ánimo, la ecuanimidad y tolerancia parecen ser cualidades propias de un altísimo grado de cultura general o dones de un superior espíritu.

El dulce profesor de Ariel dió muestras inequívocas de poseer estas tres virtudes de templanza, ecuanimidad y tolerancia, y en grado eminente, en su Liberalismo y Jacobinismo, tres virtudes, hereditario pero que se suman en una sola: magnanimidad de alma.

En nombre del liberalismo una autoridad uruguaya hizo quitar, de las paredes de las salas del hospital, el Crucifijo. Ocurrió de jacobinismo igual, o parecida, a la de aquel talquino nuestro que se lanzó iracundo a quitar el "Corazon de Jesús" de la sala de la escuela, con la sola diferencia de que el primer hecho ocurrió en Montevideo a mediados de 1906 y el de Talca sólo en el año pasado. El primero, además, dió motivo a las admirables páginas de Liberalismo y Jacobinismo y el otro sorprendió, por su falta de caballerosidad, a un grupo de señoras; lo que prueba que aquí, por lo menos, en tres lustros se ha progresado hasta tal punto que ya no consideramos sino como una sencilla manifestación de incultura lo que otrora hubiera provocado un escándalo, y promovido una alharaca fenomenal entre las gentes de iglesia y cofradías. En ambos casos - como hubiera dicho Rodó - hay una igual intolerancia y una manifestación de estrecha incomprensión moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluida en toda legíti-

na acepción del liberalismo.

El opúsculo Liberalismo y Jacobinismo es una serie de contrarréplicas a una pretensa "refutación de las ideas de Rodó, manifestadas en su artículo "La expulsión de los Crucifijos". La "refutación" la hizo en un "Centro Liberal" un doctor que debió tener alguna significación cuando el ilustre uruguayo lo tomó en cuenta; pero que para nosotros es espesamente anónimo.

Comienza Rodó por establecer que hay una íntima relación entre el espíritu de las cosas de beneficencia y el significado de la imagen de Jesús; porque considera a éste como el fundador de la caridad en el mundo, en la acepción de amor a los pobres y a los desamparados, a los perversos y a los enemigos, y que nos manda dar, por amor al prójimo, no sólo lo superfluo sino lo necesario y lo indispensable, hasta sacrificarnos por los demás. No desconoce que antes de Jesús se conociera algunas nociones caritativas, y en los mismos libros del Antiguo Testamento; pero fué el Crucificado el que supo dar una originalidad moral a esas ideas, porque si la Ley y los profetas predicaron para su pueblo, él predicó para la humanidad, y alzándose sobre los límites estrechos de la nacionalidad y de la patria limitada, dió al mundo y a todos los hombres, sin distinción de razas y lenguas, la doctrina nueva de la caridad cristiana. " Sólo Jesús, sólo su fuerza sublime de personalidad obtiene de esos elementos flotantes, dispersos e inactivos, esta síntesis soberana: la moral y la religión de veinte siglos, el porvenir del mundo, la regeneración de la humanidad.... El nombre de Jesús es, y seguirá siendo durante un porvenir cuyo límite no se columbra, el núcleo del proselitismo más fervoroso y más avasallador, más expansivo, de que haya ejemplo en la memoria de los hombres." Así, constantemente, tiene las palabras más ardientes de entusiasmo para la predicación moral del Galileo. Nos lo presenta lleno de una bondad infinita, practicando la moral que predica, en constante acuerdo también su palabra y su obra; pero sin referirse jamás a otra cosa que no sea su naturaleza humana. Acaso no sería difícil encontrar, ahondando un poco, en este entusiasmo de Rodó por Jesús y por su obra, un poco siquiera, de la unción que resplandece en los escritos de Renán. No sería por esto

muy desacertado reconocer en el uruguayo la dulce influencia del maestro de la Vida de Jesús.

Es interesantísimo seguir a Rodó en su rápida excursión por la filosofía de la Acrópolis, bajo los olivos de Minerva, para buscar algunos elementos comunes con el cristianismo en las esencias de las doctrinas de Sócrates y de los estoicos: "Emancipando la moral de la tradición y la costumbre, para fundarla sobre la íntima potestad de la conciencia, Sócrates anticipa en cierto modo la reivindicación cristiana de "el espíritu y la verdad" antepuestos a la autoridad tradicional de la ley." Y los estoicos que decían "No soy de Atenas: soy del mundo", palabras en que hay una vislumbre de sentimiento humanitario, prepararon el escenario del imperio romano a la propaganda de la idea cristiana y sellando su amor de la verdad con la resolución del sacrificio, daba el ejemplo del testimonio sublime de los mártires, de que el cristianismo recibiría su prestigio y su fuerza. "Pero el sentido que dió Cristo a la caridad es más alto y es más puro, porque se funda en el bien hecho, *desinteresadamente*, porque aconseja devolver bien por mal, aún sin esperanza de premio o devolución, y aún cuando sospechemos que se nos ha de corresponder con la más negra ingratitud al vestir al desnudo y al dar pan al hambriento. En la moral de Sócrates sólo encontramos la justicia. El estoicismo trajo la idea de la igualdad de los hombres y la dignificación del dolor; pero ignora la práctica de la benevolencia y de la beneficencia, le faltó el amor y la energía comunicativa, la fuerza de vida que penetra en todas las conciencias aún las más incultas, y las remueve hondamente para hacerlas capaces de la acción y del sacrificio.

Rodó que tanto se compenetro de la verdadera grandeza de la civilización de Atenas, que irradió sus haces luminosos, en una intensidad admirable, por el mundo, no niega ni amengua un punto el valor de su filosofía. Exalta su amor a la vida, a la alegría de vivir, celebra que como robusta y bien formada nodriza haya tratado de criar un tipo de hombre sano, fuerte y bello; pero su admiración cabal y entusiasta no le deslumbra

hasta el extremo de no mirar la parte sombría del cuadro resplandeciente, ahí donde yace el esclavo olvidado en el ergástulo, el débil y el enfermo gimientes en el desamparo, y el triste y el huérfano, sin consuelo ni protección. La compasión que apenas se practicaba en Grecia entre unos mismos conciudadanos, jamás se ejercitó para con el esclavo y el bárbaro. Por esto cayeron sus dioses desde sus altos pedestales, sus divinidades orgullosas, egoístas y crueles; cuando fué anunciada la era nueva por los apóstoles de Cristo que vino a poner fuego al mundo por sus cuatro costados, juego de amor.

Reconoce Rodó, en seguida, el valor de la personalidad de los reformadores morales, su influencia sobre las muchedumbres. El reformador empieza por transformar en sí mismo la idea en sentimiento, y apasionándose y exaltándose con su idea, soporta las persecuciones, se atreve contra todo y no teme ni cárceles ni martirios. Luego hace de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente de su palabra y de su doctrina. Después sus palabras y sus actos han de tener una virtud comunicativa, y entonces por la sugestión que de ellos emana, cautiva los corazones, los inflama en el propio ardor, los atrae con el magnetismo que fluye de su vida concorde con su palabra y su doctrina, y los enciende a todos en un fervoroso proselitismo.

Dice Rodó que el verdadero inventor de una idea, con relación al mundo moral, es el que la transforma en sentimiento, la realiza en conducta y la propaga en ejemplo.

- " Considerada a esta luz - agrega - la personalidad del fundador del cristianismo asume, con preeminencia incontestable, la representación del ideal moral que selló con su martirio. Es por Él por quien la caridad desciende de la región de las ideas y se convierte en sentimiento universal y perdurable; por Él por quien inflama los corazones para traducirse persistentemente en acción, y reserva un lugar en el organismo de la ciudad, para el hospital, el asilo, el refugio de ancianos, la casa de huérfanos. Appreciando de esta manera la magnitud de su obra, es como se tendrá la medida de su originalidad sublime. "

He transcrito ^{entusiástico} fielmente este párrafo por la doctrina de Jesús; pero lo mismo en éste que en otros no encuentro esa palabra

que busco desde el principio y que por sí sola explica toda la virtud y la fuerza de su doctrina. Y es esa sola palabra la que le da el poder de cautivar corazones, de infundir sabiduría en ignorantes pescadores, de resucitar muertos; la que le da el poder de hacer una revolución social y de echar los cimientos de una nueva religión en que comulgan las razas más civilizadas y civilizadoras del planeta, religión que permanece incontrastable ya veinte siglos y que, nueva aún, su caducidad no puede ser señalada ni en el límite más lejano del tiempo que podemos sufrir... Rodó no dice esa palabra y que para mí todo lo explica: Divino. Es el poder divino de la divina idea cristiana; así el misterio se aclara, se alumbra la oscuridad y se cumplen las profecías.

Es conveniente ahora detenerse un instante en lo que entiende Rodó por el término jacobinismo, ya que bien sabemos que él designa algo más que aquel partido político que manchó la Revolución Francesa con horrores execrables y con abominables crímenes. Él conoce el estudio, que juzga magistral, que hizo Taine en los "Orígenes de la Francia Contemporánea", sobre el jacobinismo, y dice que la idea central del espíritu del jacobino es el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad; que su carácter fundamental es la intolerancia para con las creencias y las convicciones de los demás, la intolerancia inepta; que es incapaz de conocer la parte de razón o de verdad que puede haber en la opinión ajena, ni el elemento generoso de idealidad y de belleza moral que puede ir entremezclado a las manifestaciones de la ilusión. De su intolerancia ideológica puede llegar a los excesos brutales. El jacobino, es, pues, por esencia, un sectario, un fanático terrible.

En todos los tiempos y en todas las tierras se produce el tipo y con sus mismas características de intransigencia y de brutalidad. Igual es la filosofía de todos, que se sintetiza en esta sola aberración: Muera todo aquel que no piense igual que yo! El jacobino, más o menos ilustrado, predica en el parlamento, o en la asamblea, ocultando, a veces, su intolerancia, con elegancias de lenguaje, eufemismos y perífrasis; mas muy luego, aún el menos zahorí descubre la burda urdimbre, la permanente incitación a la acción violenta. En Chile hay jacobinos en todos los partidos políticos y ellos son los culpables

de muchos errores cometidos, de la permanente intranquilidad de ánimo, de los temores de perturbación de la paz pública en el último tiempo, a cuyo amparo se desarrollan, penosamente, pero con eficacia todas las fuerzas vivas de los chilenos que no se dedican al negocio de la política, que es el mas despreciable y punible de los negocios.

El jacobino es intolerante por falta de una amplia cultura. Por las anejas avenidas de una educación completa y de una filosofía cabal, se sube a las cumbres de la tolerancia y el respeto para todas las opiniones. El corazón del jacobino alienta el odio sectario y desconoce el amor. El jacobino está aún en contra de los que profesan el liberalismo en su sentido de equidad y de libertad; no disimula su animadversión ni aún para los que alejados de las discusiones contemplan tranquilos y serenos, desde el mirador de Próspero, el hervor de las humanas pasiones: son para él cobardes o apóstatas y tiene para ellos un gesto de compasión despectiva o de iracunda amenaza. ¡Cuán lejos está un hombre tal de los sentimientos cristianos! Es este jacobinismo, incapaz de comprender las sublimes enseñanzas del Crucificado, el que ha declarado la guerra a esta religión de amor y caridad que es el consuelo de nosotras mujeres débiles y desamparadas!... Yo en mi religión no tengo fanatismo alguno, porque he logrado una feliz disposición de espíritu que me permite ver con claridad lo que antes era para mí una causa de terror. También yo, igual que Rodó, admiro a los que como Goethe levantan la tolerancia y la amplitud a una visión olímpica, y a los que como Spencer saben distinguir la religión y la ciencia como dos facetas diferentes, pero no inconciliables, del mismo misterio infinito. Por esto yo deseo el pronto advenimiento, para todos los espíritus de esta tierra, de una era nueva de intensa difusión de la cultura, que destruyendo errores y prejuicios seculares, marque también el principio del reinado de la tolerancia, que es libertad para todas las opiniones, fuente en que han de apagarse y extinguirse los incendios de la pasión encenada. A la sombra de la tolerancia comenzará Chile también la era de su prosperidad a la cabeza de todos los pueblos iberoamericanos.

IV

El libro de Rodó que ha sido más generalmente conocido, que afirmó su fama de maestro estilista y popularizó su nombre en el mundo español es, sin duda, Motivos de Proteo. Es una obra no terminada, el libro infinito, como el otro arcaico, "un libro en perpetuo devenir, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida," según las propias palabras del autor.

Primeramente me llama la atención en estas páginas la novedad de la expresión, el estilo novísimo, no importa repetirlo, en que se adunan lo más puro clásico con la gracia, la ligereza alada, la armonía verbal que proviene, no de lo meramente formal sino de algo más hondo y profundo, que casi nada tiene que ver con la colocación de las palabras y frases, por más que haya no pocas intercalaciones, pero que siempre contribuyen a la donosura del período, sin alterar un punto ni su claridad ni su perfección. No es esta manera de escribir redoniana ni siquiera parecida, con ser de la más pura estirpe clásica, a la que caracterizó a los escritores más connotados de la Península en el siglo pasado. La de éstos es magistral en su empaque palatino; va siempre de tiros largos, contraje de ceremonia; se mueve lenta y pesadamente. La del uruguayo, libre y desembarazada, se desenvuelve, y salta y trisca retozona por una verde llanura. Es admirable ver que Rodó consigue esta expresión nueva sin siquiera apelar a una riqueza extraordinaria de vocabulario; porque yo no sé de qué suerte, sin exotismo de ninguna clase, consigue esta gracia de su estilo, ligero, grave, pictórico y polifónico. Por esto no tengo temor alguno de cometer un desacato contra todos los venerables preceptistas, al asegurar que Rodó es el escritor más original que en el mundo que habla y escribe en español se haya producido, allende y aquende los mares, en el siglo pasado y en la aurora de este siglo XX. Podría todavía afirmarse que en una futura antología americana, el primer lugar ha de corresponder al uruguayo insigne.

No es menos admirable en Rodó su copiosa erudición, toda de primera mano, manifestada siempre sin orgullosos alardes sino con la más graciosa y encantadora naturalidad. Por lo mismo está muy lejos de la insoportable afectación y pedantería de los vacuos eruditos a la

violeta, que creen que con citar nombres de autores y obras a cada triquitraque, manifiestan una gran superioridad mental. Compadézco a estos pequeños espíritus, tipos completamente infecundos, incapaces de toda creación artística, por minúscula que sea, y que sólo viven, mordidos por la envidia, royendo las piltrafas y los huesos de los grandes autores.

A qué inmensa altura de estos roedores está el autor de "Motivos de Proteo", por su vastísima erudición filosófica y su amplia comprensión espiritual. Efectivamente, historias, mitologías de todos los pueblos y edades, sistemas filosóficos, religiones, arte, en apólogos y parábolas, pasan ante nuestros ojos maravillados, por el llano, en realidad inacabable, de este libro que revela, además, la más intensa cultura que se haya podido acumular en una vida americana, junto con una gran paciencia para corregir, labrar y pulir esta obra de orfebre, para alcanzar esta suma perfección artística. Es esta erudición que se nos da con toda dulzura, entremezclada con el cariño paternal del profesor, o del ^{no}coñejero desinteresado que sólo desea nuestro bien, lo que añade un mayor encanto a este libro suntuario, por la profusión de sus temas, por la inmensa variedad de sus puntos de vista y por el volumen de sus páginas.

Y es este libro voluminoso no sólo por las 400 páginas de letra menuda que contiene, sino por la cantidad de sueños, ideas y pensamientos que sugiere. Con la sola lectura de uno de sus temas, nos invita a la meditación profunda, a la reflexión sostenida, sobre la enseñanza que hemos recibido con una dulzura de miel. Me ha ocurrido pensar que si yo hubiera escrito, a medida que iba leyendo los "Motivos", hubiese llenado tan gran golpe de carillas que hubiese podido agregar, por lo menos, al libro, 200 páginas de comentarios. A propósito de esto, debo referir que Rodó gustaba de estas sugerencias de sus "Motivos". Me ha sido dado tener a la vista una carta de él, dirigida a uno de nuestros escritores en 20 de Noviembre de 1910, es decir, pocos días, dos meses, después de haber estado aquí en Santiago de Chile como delegado del Uruguay, junto con Zorrilla de San Martín, el gran poeta de "Tabaré", a las fiestas de nuestro Centenario.

Dice: "Sr. D. N.N., Santiago.- Mi distinguido amigo: Gracias mil por su preciosa página de "Selecta" (la lujosa revista mensual que publicaba en aquel tiempo la Empresa "Zig-Zag" con L. Orrego Luco como director) tan donosamente escrita, tan hondamente sentida. Grata impresión es la de oír ^{cómo} una palabra que dijimos vuelve a nosotros en eco tan armonioso e intenso. Glosado por ud., me parece más cierto y eficaz lo que dije. Ud. ha desentrañado y realizado toda la virtualidad de belleza y de verdad de una idea que ahora me parece mejor.

"Su prosa es noble, pulcra, hermosamente trabajada, no con aquel género de belleza formal que lleva adentro el vacío y lo disfraza; sino con aquella otra belleza que es el complemento exterior del pensar alto y del hondo sentir..."

Continúa aún más larga la carta y en toda ella resplandece la más grande sinceridad y afecto cordial. He copiado sólo la parte pertinente para justificar las glosas que yo también con atrevimiento máximo, me atrevo a hacer, creyendo que el espíritu de Rosado mirará con benevolencia, en obsequio a mi admiración y rendimiento fervoroso, el orgullo del intento:

Al hablar del Redentor del mundo dice que es "capaz de abismar nuestra mente, de exaltarnos a la adoración, de fascinarnos y humillarnos"; pero que la impresión de realidad humana, única y sublime, "el interés hondísimo que para nosotros nace de ver cómo de mortales entrañas irradia y se sustenta tan inefable luz, no serían tales, en la figura que esculpe con poética eficacia la palabra candorosa de los evangelistas, sin inconsecuencias que no se concilian con la igualdad inalterable que es de la esencia del dios." Si él nos conmueve, si despierta nuestra más honda simpatía, es porque le reconocemos con la palpitación de nuestra propia naturaleza, cuando desfallece en el huerto de los olivos, perdida la esperanza; cuando se le presenta el tentador y lo padece, en la cumbre de la montaña; cuando su mansedumbre se quiebra y hace restallar el látigo en la frente de los mercaderes en el templo; cuando siente hambre y "lanza un anatema sin razón ni sentido sobre la higuera sin fru-

to;" cuando en la cruz increpa al Padre que le ha abandonado, perdido, segunda vez, toda esperanza. Por inconsecuencias como éstas, termina por discordancias como éstas, hay naturalidad, hay verdad, siente el calor y aroma de la vida, en el más grande y puro de los hombres.

Es aquí donde Rodó, me parece, que afirma que el Redentor no es de la esencia de la Divinidad. Niega que es Dios implícitamente. Digo que en Jesús, en su obra, en su vida, en su obra evangélica y apostólica, en su pasión y muerte, no puede considerarse otra cosa sino sólo su naturaleza divina. Estos dos términos, naturaleza y divina, no son antitéticos en este caso único hace veinte siglos. Esa enorme cantidad de pureza y de grandeza, sobre todos los hombres del mundo, que Rodó reconoce en Jesús, lo mismo que Renán reconocía, denota su proporción extraordinaria de super hombre o de Dios. Sólo el Hijo de Dios es capaz de realizar cosas tan extraordinarias como las que hizo Él: multiplicar los panes para satisfacer a los hambrientos, o andar a pie sobre las ondas del Tiberiades, resucitar a los muertos y otros prodigios estupendos. El fundador de esta religión de amor y caridad, a la que se han convertido las razas y los pueblos más civilizados del planeta, que mantiene viva, luz inextinguible, la esperanza, en el corazón más empedernido, de otra vida mejor, donde triunfan el espíritu y la verdad, no podía ser sino el Enviado de Dios que estuvo entre nosotros para hacer la redención y la salvación humana.

Si es verdad que la naturaleza funde en sus ocultos crisoles la entidad moral del hombre superior, afinando de generación en generación las cualidades mejores, o sobresalientes, de un tipo de humanidad superior, hasta dar con el hombre cumbre, y así se explica Buda y Sócrates, Alfonso X y Cervantes ¿cómo es que en el gran crisol no se haya fundido hasta ahora, en veinte centurias transcurridas de cristianismo, un tipo parecido al del divino Jesús? La grandeza y pureza, sin mengua ni mácula, de los labios que dieron el Sermón de la Montaña, o la sublimidad de las parábolas, no podían ser sino de la esencia misma de la divinidad.

Nuestra piadosa simpatía por su pasión y muerte es más intensa, porque tienen más aroma y calor de la vida, que la que se despierta en nosotros por las inconsecuencias de su naturaleza humana. Es otra clase de compasiva simpatía la que nace en mí por las vicisitudes de una grande y superior vida humana, por las tribulaciones e inconsecuencias del grande hombre, en la que hay acaso, en tal compasiva simpatía, una punta de orgulloso regocijo por sentirme de la misma arcilla del hombre superior. Si pienso en la vida del Manco de Lepanto, en sus prisiones y errancias, de zoco en colodra, en bajos empleos para ganarse el cotidiano sustento, alternando con villanos o con los amantes de sus hermanas, le compadezco con toda la ternura de mi alma; pero oigo la vocecilla apicarada que me dice: -El divino Cervantes era de tu misma estirpe humana; tú i él fuistéis moldeados con el mismo limo por el oculto alfarero.- Es otro muy distinto el sentimiento, repetito, hecho de dulzura y devoción, de recogimiento y de humildad, de anonadamiento de mi pequeñez ante la grandeza, cuando medito en el poético e inefable Jesús de Nazaret, a quien reconozco el Hombre-Dios.

Pasemos, ahora, a considerar la devoción y simpatía que debemos tener por el hombre superior. En verdad que es necesario tenerlas no sólo por todo Guiador humano, por los que parecen enviados por la Divinidad para encaminar a los hombres a su mejoramiento, sino también por todos los que se distinguen por cualquiera cualidad superior. Y estas devoción y simpatías deben ser tan grandes que nos hagan disculpables sus errores o extravíos, sus inconsecuencias humanas; debemos tender sobre ellas un velo generoso de olvido y de perdón. Así admiro por igual, con la más viva simpatía, a González, nuestro gran poeta, y a Verlaine, porque ambos fueron poseedores de una chispa de la divinidad. Por la misma razón no debemos esperar a que muera aquel que sobresale del nivel común, para honrarle y rendirle acatamiento. No sé quién entre nosotros se ha reído, y con mucha razón, de los honores tributados a la memoria del grande hombre que desconocido o humillado fué en la vida. Por otra parte nunca se sabrá bien qué es mejor, si execrar o despreciar al que no sabe distinguir al hombre superior, sabio o artista, de los demás del montón. He oído

decir que en este desconocimiento se revela una gran ruindad espiritual y que es la envidia el culto que rinden los pequeños a una preclara inteligencia. Nadie más odiado que el que vuela, ha dicho alguien, tal vez Zaratustra. Yo compadezco al ácrata infeliz que predica y quiere la feroz nivelación animal y abomina de un sabio, de un profesor y los pospone al gañón destripaterrones o picapedrero. Mas también sé que día llegará en que reinará la bondad de corazón entre los hombres, y entonces ningún redentor tendrá muerte ignominiosa, ni sabios ni poetas, mensajeros de la divinidad, cerrarán sus ojos a la luz del sol, extenuados por la miseria e injusticia de los ruines y pequeños, sino colmados de bendiciones y de honores, en medio del respeto cariñoso y entristecido de los demás.

En otro de los "Motivos" dice Rodó que "el alma de cada uno de nosotros es el término en que remata una inmensa muchedumbre de almas: las de nuestros padres, las de nuestros abuelos: los de la segunda, los de la décima, los de la centésima generación....almas abiertas en lo hondo del tiempo, unas sobre otras, hasta el confín de los orígenes humanos, como abismos que uno de otro salen y se engendran; y a medida que se desciende, truécase en dos abismos cada abismo, porque cada alma que nace viene inmediatamente de dos almas." Así se explicarían nuestros estados de alma, tan diversos y contradictorios, a las veces: arranques de sacrificios, anhelos de hacer el bien a los demás, sin reparar ni aún en el riesgo de la vida, o tentación perversa de acción nefasta u homicida, antipatía feroz por quien me miró una vez con desenfado, odios inexplicables y repentinos, enternecimiento y conmiseración ante la desgracia ajena en ocasiones, o secreta alegría pecaminosa por el fracaso de quien se conoce apenas. Del mismo modo puedo explicarme las arrancadas de mi espíritu a lugares que no he visto en mi vida, ni espero verlos, mis errancias fuera de toda realidad, mis ensoñaciones más arriba de Alfa o de Orión, más luminosas que Aldebarán, o negras como un eclipse total en mitad del día; del mismo modo, los llamados y las voces del reino interior: las voces que parecen surgir de lo intensamente oscuro del abismo, gritos de la pasión, rugidos de las fieras, solicita-

ciones clamorosas de los pecados, plegarias temblorosas y emocionadas, anatemas e imprecaciones de la ira. Si soy una suma de almas, la de todos mis antepasados, ellos son, evidentemente, los que hablan, los que oigo en mí misma, desde eso oscuro e impenetrable de mi ser. He vivido, pues, en otros tiempos, en remotos tiempos? ¿Y he de vivir nuevos milenios en las almas de mis descendientes? No puedo responder yo misma. Rodó lo afirma. ¿Pensaré como él?

Siento de manera permanente una decidida inclinación al mar, a la vida del mar, a la contemplación del mar. Y no es que sólo me deleite el espectáculo maravilloso, y cambiante a todas horas, de la vasta llanura especular, sino que también me gusta bucear en sus profundidades misteriosas: veo con perfecta nitidez las rutas submarinas, la vegetación fantástica de corales y madreporas, la vida y la fauna centimultiplicada por entre los dédalos y los laberintos de esa gigantesca vegetación indescriptible y estupendamente luminosa, donde las flores enormes tienen un brillo mayor que el de las estrellas lejanas y temblorosas. Estas luces submarinas no queman y son multicoloreadas, de tal manera que las piedras preciosas, las más hermosas, apenas si pueden darnos una pálida idea de esa eterna e inofensiva igniscencia que hay en los reinos desconocidos del mar, de donde suelen venir, a veces, a flor de agua, las sirenas y nereidas, tritones y del fines.

La luz del mar, la luz que arde en sus profundidades, no hiere las pupilas, porque es plácida y benigna, clara como la del ópalo o la de la perla azul. Pensa en una azulosa y plateada claridad lunar que se diluyera infinitamente y armoniosamente a la par; o en las primeras luces de la alborada, que son tímidos y pudibundos, llenas de una gracia columbina. Es una luz espiritual que tiene a veces el suave resplandor del topacio, como las luces del santuario vistas a través de un espeso ventanal. Todos los fulgores violentos de la tierra están suavizados y aterciopelados en la luz del mar profundo. Y es esta luz ideal del mar profundo la que hace ahí la vida buena, la pasión tranquila en sus vehemencias, el amor sublime, la muerte dulce en un aliento, en un suspiro suavísimo. El mal, la lucha, el dolor, comienzan

apenas se asciende a la superficie, en la región de los tiburones y los pulpos..... ¿Por qué me figuro esto? Mejor dicho, ¿por qué he visto, soñando, bien abiertos los ojos, estos lugares submarinos? A través de cuáles centenares de avatares me viene esta alma de lo profundo del mar? Tal vez alguno de mis antepasados fué un marino, audaz mercante por todos los puertos del mundo, los blancos, los amarillos, los negros, y a salvo de un pavoroso naufragio, entre el tumbo de las olas, partidas como montañas, trajo de las profundidades misteriosas, esta visión de las electras y cárdenas fosforescencias; o tal vez me vengan estos sueños de una perla del humilde coliar nupcial que llevó la madre de mi madre: ella solía decirme que las perlas no morían nunca, pero que morían de pena, sin morir, con las nostalgias de sus valvas nacarinas en el fondo del mar, y que estas saudades submarinas salían transmitir las al alma de quien las llevaba en fiestas y sarcos. De aquí, acaso, puede que vengan las tristezas indefinibles en medio de mi alegría cuando estoy junto al mar.

He oído decir que la atracción del mar es irresistible para algunas almas. La del drama ibseniano "La hija del mar", cómo nos conmueve, y qué bien explicado está por esa mujer que vive fascinada por el agua glauca de los fiords de Noruega, que está en su casa como un ser extraño, indiferente a todo si no es al mar, que parece no amar a su marido y está a la espera del que ha de venir de allí del mar libre, de la ancha mar, del hombre que ha recorrido todas las latitudes, imperioso, dominador, y en cuyos ojos está el acuoso verdor del mar, del hombre con quien se iría a las aventuras del mar lejano, vasto y desconocido; hasta que aparece el mareante soñado que la sugiere y que la obliga a aceptar el peligro, la huida y el abandono del marido que la adora; pero que en la hora decisiva, al decirle el mismo marido que ella es libre y que puede irse con el hombre que está ahí, frío, enigmático como el destino, listo para llevarse al mar espacioso, se hace la luz en su espíritu oscurecido, un relámpago de amor la hiere y cae en brazos, libre de la sugestión del mar, en brazos del hombre que siempre la ha amado y que será su sostén y amparo contra todas las tentaciones, del marido de corazón magnánimo..

Del mismo modo pueden glosarse muchos de los "motivos", como ya dije: todos hacen pensar en cosas en que ordinariamente, siendo del acervo común, no paramos mucho la atención. El mérito de este libro no reside, pues, precisamente en la originalidad, sino en una especie de poder evocador o sugeridor.

La personalidad del autor desaparece casi en absoluto, por más que la voz del profesor continúe resonando, en nuestros oídos gravemente eufónica, dulce y armoniosamente, sin apartarse un punto de su ecuéñime serenidad. A veces es sólo la voz espiritual e impersonal la que se oye.

Hay una falta en ésta que algunos creen la obra maestra de Rodó. Y gran falta, que ninguno de los que de él han hablado lo ha hecho notar: no hay amor; con lo cual la monotonía o la aridez se hacen sentir a pesar del encanto del estilo, de la amenidad de las fábulas y del primor de las parábolas. Ni una sola palabra acerca del dulce tormento, ni una queja dolorida del desengaño, ni un acento de la pasión violenta, ni un suspiro de la voluptuosidad. Es extraño que entre los impulsos de la vocación, que tan pñolijamente analiza, no haya él considerado al amor, el más poderoso de todos. La más grande de las tristezas, como dijo alguno, el amor fuerte como la muerte, ¿no lo conoció Rodó? No habría conocido entonces tampoco la más grande y punzante de las alegrías, móvil también de las más grandes acciones, manantial de puros y grandes heroísmos.

Esta esquividad y apartamiento del amoroso cuidado, podría hacernos sospechar en Rodó que su silencio provenía de alguna antigua pasión desgraciada, que ocultó siempre de las miradas indiscretas del mundo; que el dolor de su amorosa herida logró acallarla con esfuerzo supremo en la cámara más profunda de su corazón, pero tan hondamente que no dejó resquicio por donde pudiese escapar un flébil suspiro. Y este habría sido el caso repetido, pero con mayor cantidad de valor humano, de aquel que, víctima de un grande amor, de un tremendo desengaño, con el venable metido, bien adentrado en el alma, jué a casar su sepultura, cada día un poco, lejos del mundo, en la piadosa soledad del claustro, para que así nadie, nadie en el mundo, pudiera

oir la queja, si contra la férrea voluntad se escapaba, la dolorida queja de su mala ventura en las lides del amor... Más admirable sería Rodó que iría a la vista del mundo con el hierro ardiente en la entraña y más impasible que el mármol.

Pensemos ahora en esas hermosas páginas que él hubiera podido dejarnos, si hubiese sido de amor mal ferido, él que fué un grandísimo poeta en prosa, lírico antes que todo, más por la sencillez y por la dulzura, por el poder descriptivo y la imagen sugerente, que por el brillo y la pompa de las figuras. Esto sin tomar en cuenta, por cierto, la acordada melodía interior con la armonía verbal de la cual ya se ha dicho. Qué hermosas páginas hubiera él transmitido a la posteridad si nos hubiera mostrado siquiera una punta de su alma, no más encha que una de las franjas de su bandera; si nos la hubiera mostrado con un poco de esa emoción que parece reprimir a cada instante; siquiera con un grito de alegría, con un hálito de pasión, o con una queja, por lo menos, por la incomprensión de que fué víctima. Pero parece que tuvo en un exceso de dignidad varonil, hasta el pudor del más leve enternecimiento. Por el contrario, trata de ser continuamente razonador y reflexivo, cuidadoso, siempre vigilante, como un profesor delante de sus discípulos, para no dejarse llevar por un sentimentalismo que pudiera alterar la amable adustez del semblante y velar con un emocional temblor la grave sonoridad de su palabra. Eso sí que todo cuanto dice es para enseñar nos a ir por un camino de perfección, sin desviarnos un punto, rectamente; para que nos estudiemos y desentrañemos nosotros mismos, analizando nuestras almas, a fin de ver para qué suerte de actividad fuimos echados al mundo, para el propio bien y para mejora de los demás. Por esto parece poner particular empeño en que se comprenda con exactitud que el bienestar en toda vida, ya que no la felicidad, reside más especialmente en el deber, en el cumplimiento del deber. A cada paso parece decir: la vida es deber; la felicidad, ilusión, fantasma perseguido en vano, puede estar en el deber.

Predica la actividad, la acción, alaba la voluntad, canta los milagros de la voluntad, que es el constante esfuerzo de querer; el valor de la acción que no se arredra por el fracaso, que por

el contrario se reduplica, que, como el Anteo de la fábula, después de caer en tierra, cobra nueva fuerza para el combate. Y cita casos, muestra ejemplos y adocctrina en parábolas y apólogos, los más eficaces que se han escrito en el siglo XX, cuando tantos preceptistas habían declarado, enfáticamente, la caducidad del género. Lean, pues, este libro, a este nuevo camino de perfección vengan los tibios de voluntad, los débiles de carácter, los pusilánimes o los cobardes. A todos dice, pero con voces más moderadas: No hay obstáculos en la vida que no puedan ser vencidos; han sido puestos ahí, precisamente, para que tú los venzas; el que se detiene ante ellos y retrocede es un cobarde, y un cobarde no tiene, no puede tener derecho a la vida.

De entre todo el montón de cosas que se publicaron a la muerte de Rodó, vulgar o insípida alabanza, hay que descartar el estudio que hizo de sus obras el escritor sudamericano Gonzalo Zaldumbide, hoy Ministro representante del Ecuador en París, y publicado en la Revue Hispanique, tomo XLIII, en 1918. Aunque no estoy de acuerdo con algunas de sus opiniones, puedo declarar que la deuda que su país tenía con el autor de "Montalvo", ha sido, acaso, bien pagada con esta obrita de Zaldumbide. El juicio más certero sobre "Motivos" es el de él en lo que sigue: "Es este libro el esfuerzo paciente y asiduo de un maestro seguro de sí y atento a seguir los meandros por donde se pierden los inciertos y los claudicantes. No es la conversión de un pecador, ni la convalescencia de un enfermo, con sabor de confianza y de fraternidad. Su simpatía por los débiles y necesitados de ayuda y guía, es la del hombre magnánimo, un interés trascendente, el sobrante de una naturaleza generosa, cordial, sin desfallecimiento ni complacencia en ensueños lánguidos o muelles abandonos. Y aunque su voz se dirige en particular a la imaginación y a los sentimientos, por encenderlos de esperanza y apasionarlos y lanzarlos a la acción, vibrando, más mueve el espíritu a convicción, que no el alma a un ímpetu férvido. Puede ser que ayudara a muchos desorientados a salir del laberinto interior; He dicho que este juicio es certero; pero rectificando agrégó: sólo en parte; porque creo que nada hay más poderoso para incitarnos a la acción eficaz que los ejemplos de otras vidas ilustres, aunque no haya ni una sola vida que se repita; porque, sobre todo lo que en-

ciende más el corazón de la juventud es el ejemplo de una gran vida que sobresalió por sus grandes o gloriosos hechos, en esfuerzos constantes y en acerada voluntad. Por esto último, principalísimamente, tiene tanta importancia en la educación de los sentimientos, en la formación del carácter y en la energía viril la constante presentación, a niños y adolescentes, de las vidas heroicas y de los hombres ejemplares. La virtud que enciende el héroe aún en las almas tímidas, ha sido magistralmente expuesta ya por Carlyle. Creo, y tal vez no me equivoque, que "Motivos" moverá al ímpetu férvido a cualquier espíritu, aún en el más contemplativo podrá injungir el anhelo de la acción similar. He visto, he presenciado la atención profunda y emocionada con que unos discípulos escuchaban a su profesor la lectura de algunas páginas de este libro. Pendientes de la palabra evocadora, del caso insigne, parecía que ni respiraban. Al término todos esos jovencitos demostraban con sus actitudes, las miradas ardientes, con las palabras entusiastas, que había en ellos prendida la chispa del anhelo de la acción, de ese impulso férvido. Bien conocemos esto todas las que hemos hecho de la enseñanza un apostolado.

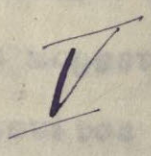
Otro punto en que mi disenso con el crítico ecuatoriano es aún mayor, es aquel que se refiere a las parábolas rodoanas. Afirma que no tenían necesidad de comentarios y desarrollos, que así la fábula, por encantadora que sea, pierde lo que le quedaba de su atractivo secreto. He aquí las palabras del texto: " Si el encanto de la parábola está sólo ^{en} sugerir; si es su virtud y su secreto de vida el impresionar de suerte que cada cual la haga suya, interpretándola a imagen de su verdad interior, Rodó contraría un tanto este inefable poder y le limita al interponerse para imponer, no sólo el símbolo literario, sino su propia y personal interpretación. Será sin duda menos bella o menos elevada la que le demos, pero, por ser nuestra, es en nosotros más eficaz."

A lo cual digo: El encanto de la parábola no está sólo en sugerir sino que mayormente reside en la belleza de su enseñanza, adunada a lo deleitable y primoroso de la ficción o de la fábula. Esta lección moral, la máxima de verdad, que es como la médula de la parábola

bola, necesita ir con el incentivo de la hermosura de la ficción para atraer al espíritu y hacerle morder en la pulpa lozana. La gran mayoría de los espíritus no está dotada de la perspicacia, de la curiosidad indispensable, para comprender de primera vista toda la fuerza de la entraña del símbolo. De aquí que las explicaciones y el comentario sean indispensables para ellos. Puede estar bien lo que asevera el señor Zaldumbide para una élite intelectual, para la flor y nata de los escritores; pero no para la innumerable mayoría de los que en lengua española piensan o escriben. Por esto, pues, afirmo que Rodó ha hecho muy bien en ilustrar sus parábolas con sus hermosas explicaciones, que evitan todo error y que impiden una interpretación falsa, vulgar o rastrera. Las mismas parábolas de Jesús de Nazaret, no obstante su sencillez magnífica, deben ser explicadas a las gentes sencillas, para que sus enseñanzas produzcan en las almas todo su florecimiento. Rodó, evidentemente, no predica para los doctos, para un centenar a lo sumo, que como el ecuatoriano que contradigo, no necesitan del comentario por más bello que sea, sino para millares y millares de espíritus sin presunción que necesitan ser educados en la verdad y en la vida. Por esto las parábolas del uruguayo insigne, con explicaciones y todo, no irán al ocervo de nobles lugares comunes, sino que perdurarán como trozos de antología, y con la espontaneidad de pequeños mitos familiares, se mezclarán a nuestra vida cotidiana, a medida que en nuestra América se vaya difundiendo la cultura, y con ella vayamos ganando en bondad de corazón y en humildad de espíritu.

Cuanto más ganaría el opúsculo del señor Zaldumbide, tan donosamente escrito por otra parte, si no se notara en él no sé qué prurito de hacer reparos nimios, para no dar lugar al aplauso entero y a la admiración franca. Mas, si bien se considera, parece ser este achaque común a todos los que sientan profesión de críticos, como si quisieran dar a entender con ello que puestos a realizar la obra la habrían dado término, con tan acabada perfección toda ella, que habrían hecho la admiración del mundo. Mas, mucho más hermosa es aquella labor del que admira y se impresiona con la belleza, del que tiene vista sólo para admirarla, oídos para oírla, alma para compene-

trarse, empoparse y esponjarse con ella, y palabras sencillas para locric.



Elevada a la categoría de obra maestra por el esenso unánime de los escritores de América, "El Mirador de Próspero" es uno de aquellos libros que por su diversidad de materias es como el diario de un espíritu, según el decir de Taine. Discursos en las grandes ocasiones, estudios críticos, biografías que, como las de Bolívar y Montalvo, son sencillamente insuperables, hasta los que parecen artículos de prensa, forman este grueso volumen de cerca de seiscientas páginas que muestran, todas ellas, no sólo una intensa labor proficua de muchos años, sino un espíritu superior perfectamente inspirado en los más nobles propósitos, en el amor al bien, la justicia, la verdad, en el más puro y alto patriotismo, soñando siempre, trabajando siempre por la confederación de todos los pueblos de América, los de una misma raza y lengua hispánica, por la misma hermosa anfictionia con que iluminó todas sus horas el genio del Libertador.

Con las mayores simpatías escribo sobre esta obra de Rodó, con agradecido sentimiento debe ser leída por los chilenos, porque en ella varias veces se recuerda a nuestro país con grandes elogios, con una predilección afectuosa que se ve bien afinada en el alma del escritor, desde las primeras líneas en que nos habla de su paisano Juan Carlos Gómez, tan intensamente vinculado al periodismo nuestro como redactor de "El Mercurio" de Valparaíso, hasta el discurso magistral que como delegado del Uruguay pronunciara, ante la admiración cariñosa de todos los delegados de América, en las Fiestas de nuestro Centenario, en el Salón de Honor del Congreso Nacional, en Santiago de Chile. De tal discurso el mayor elogio ha sido tributado justamente por el presidente de la Cámara de Diputados en aquel tiempo, don Ascanio Bascuñán Santamaría, quien afirmaba que el mejor de todos los pronunciados en aquella solemnidad por las distintas delegaciones

americanas había sido el del uruguayo don José Enrique Rodó.

Para comprender aún mejor esta breve, pero elocuentísima pieza oratoria y valorarla como joya de muy subidos quilates, hay que tomar en cuenta la magestad que revestía esa asamblea, formada por los hombres representativos de todas las naciones de América, inspirados todos, en esos instantes, en los mismos sentimientos de regocijo por el magno centenario nuestro, unidos estrechamente en los mismos fervientes anhelos de formar en el Continente nuevo, un mundo nuevo, para la humanidad nueva. Por sobre todo esto de suyo elevado y solemne, poned ahora en el testero del amplio recinto, presidiendo, no otros claros varones, sino los espíritus de los próceres ilustres que roturaron con su espada los campos de la libertad y los que, hombres de pensamiento, pusieron los cimientos incommovibles de la justicia y del derecho, y levantaron sobre ellos el edificio de nuestra educación cívica y de nuestra cultura.

Cuán impresionante es esta oración de Rodó, de punta a cabo, tan brillante y tan sincera, luminosa y rica en el concepto, y de tanta armonía formal, y tan perfecta que puede señalarse como el prototipo de la nueva oratoria académica. Por lo mismo que es la obra de un pensador que es un poeta al mismo tiempo, se aparta, a muchísima altura, de toda esa despreciable literatura oficial llena de lugares comunes, fofo, vacua y ruin, con que acostumbran regodearse ahora, con la fatuidad de su ignorancia, los prohombres de las democracias bárbaras. El exordio que es un modelo de precisión, dice así:

- "La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos e inanimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esta otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios, como emanación directa del espíritu, y conducida por las ondas del aire, llega a lo más hondo de los corazones para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía." - Y nada más.

Qué lejos de esas hipocresías, de esas modestias repugnan

tes por lo falsas y no sentidas, con que comienzan sus discursos los hombres vulgares, los que se confiesan indignos de dirigir la palabra al auditorio y no se han detenido, días antes, alebronados en su arrastramiento, en mendigar porfiosamente por tal honor; los que solicitan benevolencia de un público que saben complaciente con anterioridad. Es que un espíritu consciente de su propio valer no incurre jamás en vulgaridades: en la región alta de la belleza en que viven toda sinceridad les es congénita.

Después nos habla de lo que tiene el centenario de único y múltiple, de chileno y de americano. "En espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una permanente armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva."

Así aparece nuevamente el apóstol de la gran confederación de la América libre como una sola entidad nacional, elevándose, otra vez, desde la patria chica hasta la concepción altísima y justa de la patria continental y de la nacionalidad americana. Él, el más fervoroso de los propagandistas de esta unidad racial, quiere grabarla a fuego y a cincel, en esta oportunidad solemne, en la frente de los delegados de América, para que la lleven ardida a sus pueblos respectivos y enciendan en su amor a los hombres y a los Gobiernos hasta convertirlos en esta fe e inflamarlos en la acción eficaz.

Es esta actitud apostólica internacional de Rodó, en un tiempo en que la ignorancia histórica en que vivían los pueblos de América, unos respecto de otros, era más espesa que sus mares y montañas, la que le hará vivir, más todavía, en la agradecida memoria de estos

- 30 -

mismos pueblos que van ya camino, seguramente, de abreviar las distancias y de borrar sus fronteras. Pues el uruguayo no cesó en esta prédica desde los comienzos de su carrera de escritor y de profesor, cuando aún en las postrimerías del siglo pasado la ignorancia, o el desconocimiento, llevaban a los unos a considerarse como enemigos o rivales de los otros, cuando aún los famosos escritores internacionales se afanaban en la tarea ingrata de despertar recelos, fomentar suspicacias, suscitar odios y armar ejércitos y equipar armadas, para hacer la inundación de sangre en las abominables guerras fratricidas. Por esto mañana, porque será en tiempo que diviso no lejano, en el templo de la paz y de la concordia que han de levantar los pueblos unidos de América, cuando se haya llegado a la consecución de la unidad de una conciencia colectiva, en el frontispicio de ese templo, en recio mármol y en áureas cifras, ha de inscribirse el nombre del Americanista Rodó.

En menos de tres lustros que van corridos desde que en Chile manifestara sus nobles aspiraciones, más especialmente en los años posteriores a la Gran Guerra europea, las naciones de nuestro continente, desde el golfo de Méjico hasta el Estrecho Magallánico, han manifestado haberse penetrado bien de la fuerza moral que colectivamente pueden desarrollar en el futuro, y de la fuerza material que representan, en cualquier momento, con sus fuentes intactas, no explotadas aún, de riquezas enormes, fabulosas, yacentes en el mundo nuevo, en donde la vieja humanidad ha de remozarse para realizar su perfeccionamiento y su felicidad. Los Congresos internacionales de la más variada índole que se han visto en las grandes capitales americanas, que se han realizado mediante la interactiva de nuestros sabios, de nuestros hombres de pensamiento, qué otra cosa están demostrando sino que estamos a no mucha distancia de la hora en que la confraternidad de todos los pueblos de una misma raza y lengua ha de ser una brillante realidad.

Rodó que no alcanzó ni con mucho, fulminado por el Destino, ⁽¹⁾ estos tiempos de la post guerra, pudo, con todo, vaticinarlos hermosamente.

Murió el 1º de Mayo de 1917, a los 45 años.

Hay un trozo en este discurso del Centenario, que no sólo es una muestra de luminosa elocuencia sino de enseñanza de patriotismo, tal como deben profesarlo los americanos. Aunque no me agrada prodigar las citas, voy a transcribirlo: -"Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria, grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamiento de gloria, esperanza de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, porque contesten con el nombre de América."

¡Qué bella concepción del patriotismo, que proclamada en esta sesión del Congreso de Chile, parece lanzada, desde una soberana eminencia, con la magestad de la voz de la trompa épica, a todos los ámbitos del continente! Desde entonces resonante, ya nadie duda al repetirlo y proclamarlo que este patriotismo pueda ser alguna vez más elevado y nos lleve a considerar a la familia humana sobre la familia americana.

Los conceptos elogiosos que el orador prodiga a la nación chilena, nada tienen de banales y no son, ciertamente, de los insustanciales y repetidos por los extranjeros que desean congraciarse con la masa nacional. Hace justicia a la solidez de nuestras instituciones republicanas y al severo aprendizaje que hicimos de la libertad en la paz y en el trabajo. Tanto más de estimar son tales laudatorias cuanto más las sé sinceras y honradas; porque puedo asegurar, felizmente, con cartas de Rodó a la vista, que nos quería como a los suyos. En una de ellas, escrita después de haber estado en el Centenario dice: -"Conservo muy buenos recuerdos de mi breve permanencia en Santiago. Me pa-

recia estar entre los míos. Hay entre estos dos pueblos, que tan poco se tratan, singulares afinidades de carácter que la observación más somera basta para poner de manifiesto. " Y hasta recordaba afectuosamente algún nombre, como se ve cuando dice al chileno a quien escribe: " Al señor Bascuñán Santa María, de quien ud. me habla en su carta, soy deudor de muy finas atenciones, que no olvido. Quiera ud. saludar en mi nombre a tan distinguido compatriota suyo. "

Puedo decir, ahora, sin temor de equivocarme, como ya queda apuntado, que la biografía de Bolívar, contenida en este libro, "El Mirador de Próspero", es una joya insuperable, que puede sostener el parangón, triunfalmente, no sólo con las que nos han dado como modelos los tiempos clásicos, sino con las más famosas de los modernos, sin excluir siquiera la maravillosa de Bonaparte, hecha por el ilustre Taine. Cuando, hace algunos años, hubi terminado la lectura de Byron, de Castelar, vibrante, encantado de entusiasmo quedó mi espíritu, por mucho tiempo. Mayor impresión, más duradera y más persistente ha sido la que me ha producido Bolívar, como un regocijado e intenso deslumbramiento. Es más que un canto entusiasta, más que un poema, más que una sinfonía: es todo eso conjuntamente y es a la manera de una de esas severas e imponentes construcciones arquitectónicas, en piedra mármol, jaspe y oro, labradas por artistas orfebres del Renacimiento, labradas para admiración de las gentes y para levantar los espíritus a la concepción de lo supremamente grande e infinito. La introducción, como quien dijera el pórico, es una maravilla de oro en que se engastan como gemas fabulosas los conceptos rotundos, armoniosos, fulgentes, así: "Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza;

pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica."

De este modo se penetra en el opulento templo gótico y de magnificencia en magnificencia, llevado después el espíritu, comienza a sobrecogerse con la conciencia de su pequeñez o de su insignificancia: a la admiración sucede el anonadamiento. Y al final, síntesis prodigiosa de la vida del héroe epónimo, se siente como paso por delante de la vista algo parecido a un estupor sobrehumano, al oír las estremecidas palabras proféticas, acaso la voz del oráculo antiguo, que semeja venir de lo desconocido, del corazón del misterio, y en la cual tiembla una inefable emoción enternecida. Así:

"Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se estienda desde el Anahuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de los recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar."

Finalizada la lectura, se puede afirmar que el vaticinio ha de cumplirse en todas sus partes y que las gentes de ese distante futuro tendrán que pensar un momento también en quién pronunció estas insignes palabras proféticas. Todavía más: se piensa en que no hubo en América, durante toda la epopeya del movimiento separatista iniciado en 1810, ningún otro héroe que pueda parangonarse con Bolívar; porque ya hoy no caben las ingenuas comparaciones de nuestro fecundo fantalista Vicuña Mackenna, cuyo paralelo entre Bolívar y San Martín, recuerdo que terminaba de este modo: "¿Cuál de los dos es más grande?"

Id a medir el Amazonas y los Andes; y comparadlos. Después de las recientes investigaciones históricas, el argentino resulta empequeñecido, y mucho, al lado del Libertador, aunque dueña a su penegirista B. Mitre.

Tengo a la vista sobre mi escritorio "La Monarquía en América. Bolívar y San Martín", editada en Paris por la casa Ollendorff, obra bien documentada de Carlos A. Villanueva, de la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela. Con los estudios que hizo el autor en los archivos diplomáticos de Francia y de Inglaterra, durante diez años, y que nadie había antes examinado, apoyado por tan altas autoridades, más de cuarenta, como el noble lord marqués de Salisbury que fué primer secretario de Estado en los Negocios Extranjeros de S.M. Británica, o Mr. Delcassé, cuando fué Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, el señor Villanueva nos presenta un San Martín reducido a sus reales y verdaderas proporciones. Ahí es el monarquista, enemigo de la República, que da la espalda a su patria, cuando ésta amenazada por la expedición que se organizaba en Cádiz lo llama a defenderla, y con el único cuerpo de tropas que le quedaba a las Provincias Unidas, aumentado con los soldados chilenos que quita a Carrera, en vez de bajar a Buenos Aires, lo pone bajo la Bandera de Chile para emprender la invasión al Perú. Ahí hay un retrato de San Martín que nos lo muestra duro con sus soldados que no lo aman, con una arrogancia que lo hace antipático, y por el desdén con que trata a sus oficiales, éstos lo miran con ira y lo llaman el extranjero.

"Su falta de educación y de instrucción - dice Villanueva - no le dió prestigio entre la gente culta; soberbio en la fortuna, era apocado en la adversidad; de política no sabía nada y si algo aparece haber hecho en ella fué todo obra de Montecagudo y de García del Río, sus consejeros. Se conducía con dignidad, pero su vestir acusaba más bien a un pobre hombre que a un gran señor conquistador de pueblos; omaba el licor y tenía las vulgaridades de los soldados españoles, usando dicharachos y gestos de gitanos. No encontrando medios de adueñarse de las Provincias Unidas, por gozar otros de las auras populares o porque sus compatriotas no lo querían o lo veían con sospechas o recelos; e impedido para hacerlo en Chile, donde se le había sobrepuesto O'Higgins, y donde se encontraba, además, con la antipatía de los chilenos por su

persona, como extranjero, y por la hegemonía que querían imponerles como conquistadores los de Buenos Aires, vió que únicamente del Perú podría hacer su feudo y a ello se entregó, no obstante su pobreza de intelecto."

Duro juicio es este del venezolano; pero no lo es menos el que se encuentra en los archivos del Gobierno francés, Ministère des Affaires Étrangères. Amérique. Mémoires et Documents, nº 34. Cita del mismo autor.

No menos empequeñecida aparece en este libro de Villanueva, la actitud de San Martín que se disgusta con sus propios soldados, que se rebela contra el reconocimiento que debía al Gobierno de Chile, que rompe violentamente con Lord Cocharne, y que por realizar su sueño monárquico, entra en negociaciones con el virrey La Serna para levantar un trono en el Perú para un príncipe español. En cuanto a las conferencias de Guayaquil, ahí se explica la poca franqueza, y a veces, la doblez con que procedió el argentino. Bolívar, en cambio, se irgue con la magnificencia con que le vió Rodó.

Es triste ver cómo se derrumban los altares ^{por} de la verdad histórica. Pero ésta siempre es enseñanza fecunda para las generaciones. Particularmente, yo confieso que al leer estas páginas de "La Monarquía en América" experimenté la más impresionante decepción y si aquí de pasada la anoto, es para que haya un espíritu de curiosidad y de imparcialidad que estudie más el punto señalado y rehaga la historia nacional que está llena de mistificaciones al respecto.

Hay que rehacer por completo la historia de Chile en todo lo que se refiere a San Martín y a O'Higgins, y especialmente al tenebroso período que culminó con el fusilamiento de los Carreras en Mendoza, y, en seguida, no ocultar la verdad y enseñarla en todos los colegios, escuelas e institutos de la República.

Se me excusará todo esto que parece ser una digresión, pero que yo considero pertinente al tema del Bolívar de Rodó.

Podría ahora hablar de Montalvo de "El Mirador de Próspero"; donde podríamos ir, como en un reposado vuelo de águilas, de cumbre en cumbre, bajo un fulgurante dosel de relámpagos; pero caigo en

la cuenta que este Ensayo adquiere proporciones desmesuradas. Mi ánimo ha sido, no el de hacer un estudio completo del escritor uruguayo, sino simplemente el de consignar mis impresiones al final de la lectura de sus obras; tarea muy placentera por un lado, pero de un año largo, y en la cual me ha sido necesario robar horas al sueño, porque en la enseñanza a que he dedicado todos los alientos de mi existencia, ocupo casi todas las horas de sol.

Hay todavía un libro póstumo de Rodó, formado por meditaciones y correspondencias en Europa escritas. Tiene por título "El Camino de Paros". (Segunda edición, 1919. "Editorial Cervantes." Valencia.)

En el hermetismo profundo en que siempre vivió el sereno escritor uruguayo, nada se sabe ^{de} él por qué se expatrió. Lo más probable, dijo alguno, fué el cansancio, acaso el fastidio, de una vida entre gentes un si es no es refractorias para su espíritu superior, menospreciadoras, tal vez, de su aristocracia mental, de su talento privilegiado. Pero sí se sabe que al aceptar la corresponsalia en Europa del periódico de Buenos Aires, "Caras y Caretas", está en alta mar, navegando, en Agosto de 1916. Acaso emprendió el viaje, para el que no tendría retorno, llevado del ansia de una renovación espiritual, él que había predicado el renovarse es vivir.

"El Camino de Paros" es un libro más sencillamente adaptado a las exigencias del estilo periodístico; pero siempre, todos sus artículos, con la misma fina y recia urdimbre de la manera rodona. Acaso en la segunda parte del libro se muestra el escritor más personal, descorriendo un poco, muy levemente, o pudorosamente, una punta del velo con que ocultó su yo, lo íntimo de su personalidad: como un esfumino de melancolía o desencanto se expande por toda ella, y su imposibilidad acostumbrada, su parnasianismo, de improviso se altera o se olvida, y, es claro, se conquista nuestra simpatía, despierta un interés más profundo porque es más humano.

A las primeras páginas, el encanto de una parábola, la gracia de un ejemplo, seguido de su corolario explicativo, como ese dulce sueño de Nochebuena en que Jesús resplandece y el lobo tien

de hacia él el ojo rojizo y el hocico famélico, cuando en el punto del salto, en la curva misma del salto, éste se rompe y corta, y el feroz animal cae convertido en lluvia de blancas y fragantes flores, sólo por la virtud de las dos palabras de suavidad divina: "Soy yo"....

Continúa:- "Y todo mi afán de poeta consistía en que se entendiese que no fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo espantado, loco, al reconocer a quien iba a destrozar con sus dientes: virtud en que arrepentimiento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se cunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello, mientras declinaba la curva del salto, que tuvo por arranque la intención de hacer daño."

Después el Señor convierte las flores caídas a sus plantas, en copioso montón, en un perro de esos grandes y fuertes de San Bernardo, que salvan a los viajeros perdidos en la nieve. Y termina: "Algunas veces asocio a mi ficción candorosa la idea de esas súbitas conversiones de la voluntad, que, por la avasaliadora virtud de una emoción instantánea, remueven y rehacen para siempre la endurecida obra de la naturaleza o la costumbre: Pablo de Tharsos herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, o el duque de Gandia frente a la inanimada belleza de la emperatriz Isabel." Agrgo yo: los libros cristianos están llenos de estas conversiones, o milagros de la voluntad; pero confieso que nunca leí ninguna tan dulcemente concebida y referida de tan graciosa manera. Así es la verdad.

Inspiran y alientan este libro los mismos grandes y nobles ideales que fueron el Norte de la vida de Rodó, de su vida serena y pura, de apóstol y de adoctrinador de juventudes; sobre todo el amor a una América libre y grande, en una vasta confederación de pueblos. Desde lejos, desde las tristezas inconfesadas de su voluntario ostracismo más se le esponjó y se le hincó el corazón con este grande amor continental, con estas ansias veheméntísimas de que todos los a-

americanos nos sintiéramos hermanos, libres de recelos y de suspicacias, marchando en derechura, con acendrada fe, con esfuerzo unánime a la realización de nuestros grandes destinos. Y esta fe mística, esta exaltación de su emer americano, es el mejor blasono que la corona con la cual el poeta que fue Rodó, ha de pasar a la inmortalidad.

Su muerte ocurrida casi repentinamente, de manera tan inesperada, en Palermo, en el mismo hotel donde Wagner terminara su Parsifal, pone todavía, al recordarle lejos de la patria, un sentimiento de honda melancolía en el espíritu; porque se piensa que a su obra, por grande que fuera, aún le faltaba algo, ya lo he dicho, más humano, más doloroso, para edificarnos más..... Yo hubiera querido, para magnificar su vida, que hubiese sido menos perfecto en su silencio y que los desengaños de su alma lecerada, si fué herida de amor imposible o de misterios ultrajada, hubiesen estallado en un momento en su prosa límpida y pura; porque así pudiera la América entera realizar más la cantidad de divinidad que hebreo en su ser, por su preciosa inteligencia, sobre las impurezas de la vida del rebaño. Más por fuerza debemos consolarnos, porque ya él disfruta de la estancia soberana en los Campos Eliseos, que él anhela; y ya pertenece a la inmortal aristocracia, en donde, como aseguraba Ruskin, el espíritu superior puede disfrutar de la deleitable compañía, (y alternar mano a mano) en los jardines eternamente floridos, de Homero o de Platón, de Virgilio y de Dante, de Shakespeare y Cervantes...

Santiago, 29 de Marzo 1924.

Teresa Leurbis de B.

Nota.- La mayoría de las tachas que hay en este trabajo se deben al cambio súbito de la ortografía chilena a la de la Real Academia Española, mandada adoptar últimamente por las autoridades superiores de enseñanza del Estado.

[Handwritten signature]

Liago, 3 de Mayo de 1924.

La Memoria anterior,
~~presentada~~ por la alumna
del Curso de Castellano del
Instituto Pedagógico, Srta Teresa
Covarrubias, es de un mérito superior,
y merece, por consiguiente, halagüeña
Calificación.

La autora ha estudiado conscientemente
toda la obra del humanista uruguayo
Rodó, y ha entrado en estudios y
apreciaciones sobre ella que revelan
cabal conocimiento de causa,
e ideas propias sobre las materias
tratadas.

Sería de desear que esta obra
de crítica y análisis se insertara
en los Anales de la Universidad.

J. Nuñez

Y. F. S.